
SERMON
DE
NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE

PREDICADO EN SU SANTUARIO EL 12 DE NOVIEMBRE DE 1858
EN LA FUNCION DEL OBISPAO DE SAN LUIS

POR EL
DOCTOR DON JOSE GUADALUPE ROMERO

CANONIGO DOCTORAL DE LA CATEDRAL DE MORELIA

*Perficietur ea que dicta sunt tibi á
Domino.*

Han de cumplirse todas aquellas cosas que te han sido anunciadas por el Señor.

San Lucas, cap. I.

Hé aquí, señores, el último concepto con que Isabel termina la alocucion que dirige á Maria en los momentos felices en que su humilde casa recibe la honra incomparable de la visita de la Madre de Dios: visita misteriosa en que la concurrencia de la Madre de Jesus con la madre de Juan, parecia tocar los dos testamentos y simbolizar la magnífica plenitud suspirada de los patriarcas, anunciada por los profetas y representada en las instituciones augustas y los acontecimientos gloriosos del pueblo escogido. El primer Evangelio que acabais de oír

nos dice que Maria se dirigió con apresuramiento á las montañas de Judea á visitar á Isabel su parienta, á anunciarla el Evangelio de Cristo, á decirle el secreto que sólo á ella ha sido confiado, y á derramar la gracia, la salvacion y la vida en la casa del anciano Zacarias. Pasa de aquí á expresar el efecto de aquella presencia misteriosa, manifestando que al escuchar la esposa del profeta la salutacion de Maria, saltó de regocijo el niño que llevaba en su vientre, y al momento, llena del Espíritu Divino y alzando su voz, exclamó: “Bendita eres tú entre todas las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre.” “¿De dónde á mí el ser honrada con la visita de la Madre de mi Señor?” “Al momento mismo de resonar en mi oído el acento de tu voz, saltó de regocijo el niño que porto en mi vientre: Bienaventurada tú que has creído, porque han de cumplirse con absoluta puntualidad las cosas todas que te han sido anunciadas por el Señor.” A este razonamiento encaminado todo á la honra y gloria del Altísimo, responde Maria con el cántico inmortal de admiracion, de agradecimiento y de amor: *Magnificat anima mea Dominum et exultavit Spiritus suam in Deo salutaris meo.*

Tal es, hermanos míos, el Evangelio que nuestra santa Madre la Iglesia eligió para la misa con que ha querido solemnizar los cultos de Maria en su milagrosa imagen de Guadalupe. ¿Qué relaciones tiene la aparicion de Guadalupe con la visita de Isabel? No es esta la primera vez que el orador sagrado, en ocasion como la presente, se ha hecho esta pregunta. Uno de los más elocuentes que México ha tenido, sacó de aquí bellos asuntos para instruir y edificar á su auditorio. Trasladando á la América los sentimientos de Isabel á la vista de Maria y notando las analogías de una y otra visita, se abrió paso para discurrir sobre la propagacion del Evangelio en las vastas regiones del nuevo mundo bajo el apostolado tierno de la Madre de Jesucristo. Pudiera yo, siguiendo la línea de tantos predicadores insignes, aproximar la colina

de Tepeyacac á la montaña de Judea, poner en paralelo, guardando las distancias y posiciones debidas, al humilde neófito Juan, agraciado con el honor de ser el mensajero del gran prodigio, con el ilustre Juan que habia de mostrarse como la voz del que clama en el desierto para preparar sus caminos al descenso de las naciones; pudiera descorrer aquel densísimo velo que dilatándose por ambos mares separaba dos mundos, extraños y absolutamente desconocidos el uno al otro, para mostraros el astro de la religion sobre las cumbres de Anáhuac, al tiempo mismo de abandonar para dejar hundidas en el antiguo caos, naciones enteras en el norte de la Europa; pudiera, con todos los derechos que me dá el ministerio evangélico, sacudir las trabas que pone á la marcha de la razon la ciencia política, para estudiar la conquista con luces superiores, buscando en ella las relaciones misteriosas que existen entre los desgnios de Dios y las obras de los hombres. El milagro mismo, antiguo y siempre nuevo de la aparicion y conservacion de esa sagrada imagen, ¿no ha sido muchas veces en el púlpito uno de los más bellos asuntos de la piedad de los fieles? Sin embargo, depositado ese milagro con todos los tributos de una fe piadosa en el corazon de todos los mexicanos, ya no necesita ser el objeto de una prueba que convenza, sino el noble motivo de una exhortacion que ponga en movimiento el amor, y en accion todas las potencias y sentidos en la práctica de la virtud.

Dejando, pues, de dilatar mi vista juntamente con la vuestra para esta variedad de objetos á cual más fecundo y edificante, quiero, señores, recogerme todo y sólo en las palabras de mi texto. En él aparece Maria como el instrumento de un poder todo de bondad y de misericordia que habia de ejercerse por todos los siglos en la humanidad; en él aparece Maria como depositaria de las más altas promesas; y en él, por último, se anuncia que todas estas promesas tendrían, como de facto han tenido, su más completa realizacion: *Perficentur ea que dicta sunt tibi á Domino.*

El asunto de la oracion es inmenso; pero imitaré á los geógrafos que en un mapa de poca extension ponen á nuestra vista todo el mundo. Imploremos la gracia del Espíritu Santo por intercesion de la que la recibió en toda su plenitud, cuando el ángel la dijo: *Ave gratia plena.*

PRIMERA PARTE.

Sabéis muy bien, hermanos míos, que el poder de Maria se anunció desde la caída del hombre como un poder que habia de abatir la cabeza de la serpiente y restaurar con el sacrificio del Hijo que llevaria en sus entrañas, la esperanza y la felicidad de todas las generaciones. El hombre no ha dejado nunca de ser hijo de Maria: los primeros progenitores del linaje humano, los patriarcas de la antigua ley, los justos del viejo testamento, los profetas y los grandes personajes que figuraron al Mesías, reconocieron á la augusta Virgen como la divina primavera del mundo sobrenatural, como aquella que debia engendrar en el tiempo á su mismo Hijo que está engendrando eternamente el Padre celestial. Todos esos ilustres detenidos en el seno de Abraham, no pudieron salvarse sino por la fe en el Mesías que habia de venir á tomar nuestra carne, por la esperanza de ser redimidos con la muerte del Salvador y por el amor ardiente que le profesaban: todos estos angustos personajes reconocieron más

ó ménos explícitamente, que antes de toda criatura fué Maria predestinada en el pensamiento de Dios para engendrar al mismo Hombre Dios: todos creyeron, esperaron y amaron lo que forma el objeto de nuestra fe, de nuestra esperanza y de nuestro amor: todos, en fin, adoraron el decreto que de toda la eternidad llama á la Virgen sin mancha al trono de la maternidad divina y la coloca en un grado de poder, de majestad y de gloria que ninguna criatura podrá jamás sobrepujar. ¡Ah! Desde el día en que comenzó el tiempo su carrera, no han dejado los destinos preparados á Maria de consolar la tierra. Llenan Jesus y Maria el tiempo pasado, el presente y el porvenir. Los justos de la ley figurativa y los santos de la ley de gracia, no han vivido más que á la sombra de su amor. ¿Para qué me he de detener en hablarlos de las expresivas y tiernas figuras del antiguo testamento que se refieren á la Virgen Maria? ¿Para qué me he de ocupar de cada una de las profecías que anunciaron al mundo, en el espacio de cuarenta siglos, el benéfico poder y los grandes destinos de la Madre de Jesucristo? Pero no puedo dejar de insistir en el alivio y consuelo que tuvieron en su destierro los hijos de la ley natural y los de la ley escrita, al fijar su profética mirada en los altos destinos de la que habia de dar á luz al Verbo, en esos destinos que llenan los siglos de la promesa y son la gloria de los siglos cristianos. San Pablo, en una palabra profética y divina, nos revela la ocupacion de los patriarcas y profetas en el limbo de los hijos del pueblo de Dios. "Estaban mirando de lejos, nos dice, y adorando." *A longe aspicientes et salubantes*. Adán, Abel, Henoc, Noé, Abraham, José, Moisés, Josué, Samuel, David, Isaias, Job y los justos todos de la ley antigua, pasaron los amargos días de su destierro contemplando el inefable misterio de las humillaciones del Hijo de Dios, en el seno de Maria llamada á ser su Madre. "Estaban mirando de lejos y adorando." Ellos contemplaron con ternura á Nazaret y Belén, al Tabor, al monte de los Olivos, á Jerusalem y

al Calvario. *A longe aspicientes et adorantes*. Contemplaron y adoraron las maravillas de Cristo y los altos destinos de Maria, hechos para ellos como transparentes en la luz de una vision que iba siempre en aumento. ¡Ah, señores! ¿Qué lengua humana podrá pintar los inefables trasportes que poseyeron el alma de los Santos Padres, cuando Ana y Joaquín les anunciaron que habia ya nacido la que debia quebrantar la cabeza de la serpiente? ¿Quién podrá pintar el santo entusiasmo de aquellos justos, cuando Isabel y Zacarías, cuando Juan Bautista y el mismo Señor San José les notificaron que se habia ya verificado la Encarnacion del Hijo unigénito de Dios, y se habian comenzado á cumplir en Maria todas las cosas que le habian sido anunciadas por el Señor? *Perficiuntur ea que dicta sunt tibi á Domino*.

Habeis visto, señores, cómo en esta promesa general están comprendidos todos los tiempos, están encerrados todos los pueblos, están interesadas todas las generaciones; habeis visto cómo se va presentando Maria á los ojos de nuestra fe como el instrumento de un poder todo de bondad y misericordia que habia de ejercerse en la humanidad entera por toda la duracion de los siglos. Ahora vereis cómo para desempeñar su mision se la hizo depositaria de las más altas promesas.

SEGUNDA PARTE.

Si despues de haber contemplado los altos destinos de Maria en la mente de Dios y su benéfico poder para con los hombres, seguimos recordando las magnificas prome-

sas con que la honró el Señor, llegaremos á aquel día, el más bello que ha esclarecido el sol con su luz, en que el mensajero del Altísimo notificó á la Virgen de Israel que un consejo de la angusta Trinidad la llamaba al honor inmenso de la maternidad divina. En el razonamiento del ángel sabemos que la saluda llena de gracia, y bendita entre todas las mujeres; porque participaría de la fecundidad de Dios Padre, engendrando de su propia sustancia por obra del Espíritu Santo, un hijo que es el Hijo mismo de Dios. "Hé aquí, le dice, que concebirás y darás á luz un Hijo á quien pondrás el nombre de Jesús. Este será grande y será reconocido como Hijo del Altísimo y reinará en la casa de Jacób y su reino no tendrá fin, y salvará á su pueblo de la multitud de sus pecados." Sumisa á la voluntad suprema, abre Maria sus labios y al pronunciar estas palabras: *Fiat mihi secundum verbum suum.* "Hágase en mí lo que has anunciado," el Verbo toma nuestra carne y la Virgen queda hecha Madre de Dios. Siguen así cumpliéndose todas las cosas que le han sido anunciadas por el Señor. *Perficiuntur ea que dicta sunt tibi á Domino.*

¿Queréis saber ahora, hermanos míos, como se cumplen las promesas de Dios á Maria respecto de los hombres? Eva divina va á ser la madre de una generacion santa, de un pueblo de escogidos, de una posteridad que sus altos destinos llaman á una apoteosis divina. Escogida para ser el instrumento de la salvacion del mundo, la medianera de los ángeles y de los hombres cerca de su Hijo, será tambien la reparadora del universo, como la llama San Anselmo. Escuchad, señores, cómo se han verificado estos prodigios del amor de Dios hácia los hombres.

Acabando Nuestro Señor Jesucristo de establecer la Santa Eucaristía la noche de su pasion, tuvo con sus discípulos una tierna é inflamada conversacion que nos ha trasmitido San Juan en los capítulos XIII, XIV y XV de su Evangelio. En ella nos hace las más patéticas recomendaciones, nos deja las instrucciones más sublimes,

nos descubre los secretos que le habia revelado su Padre y nos consuela con las más magnificas esperanzas. En ella, señores, nos hace esta dulce y tierna promesa: "Yo no os dejaré huérfanos." *Iam non relinquam vos orphanos.* Yo os he prometido no dejaros huérfanos y ya os he dado por Padre á mi propio Padre celestial; pero esto no basta á mi amor: carecíais de un padre que os volviese á la vida y reemplazase á Adán, que murió y os dió á vosotros la muerte; sois, además, huérfanos de madre, porque perdisteis á Eva que murió igualmente á la gracia y á la vida. Para que mi promesa se cumpla bajo todos aspectos y no os considereis en manera alguna como huérfanos, hé aquí á Maria, á mi propia Madre: ésta es la Madre que os faltaba, la Madre que os he prometido, la Madre que os doy, á la que os confío y la que reparará ampliamente los males que os causó la madre que perdisteis. Vosotros, habeis perdido un padre y una madre en el orden de la naturaleza; pues un padre y una madre os he dado en el orden de la gracia. Nada tenéis ya que envidiar á vuestro primer nacimiento.

En efecto, señores, cuando el Salvador llegó al término de sus dolorosas angustias, fijó en Maria su vista lánguida que muy pronto iba á extinguirse en las sombras de la muerte, y designándole á Juan, el único discípulo que lo habia acompañado hasta el suplicio, con una tierna mirada, le dice á Maria: "Hé ahí á tu hijo." En seguida dice á Juan: "Hé ahí á tu madre." Este es, hermanos míos, uno de los artículos del testamento de Nuestro Señor Jesucristo: ésta es la disposicion que destina á Maria para madre de todos los discípulos del Salvador, y á todos los discípulos para hijos de esta dulce madre. Atended y notad muy bien, señores, que el testador es un Dios, cuya poderosa voluntad produce todo lo que quiere, cuya palabra milagrosa cumple todo lo que expresa, y cuyos deseos son creaciones.

Al pronunciar, pues, estas palabras: "Hé ahí á tu hijo. Hé ahí á tu madre," no como un hombre que suplica,

sino con la autoridad de un Dios que manda, no tan sólo declara, sino que hace á Maria nuestra madre: no le da sólo el título, sino tambien el corazón y los sentimientos de nuestra verdadera madre. Es un Dios legislador que dicta una ley; así es que aun no habia acabado Jesus de pronunciar estas misteriosas palabras, cuando Maria sintió derepente conmovirse sus entrañas y abrirse su corazón á todo el afecto y á toda la ternura de una madre para con los que hubieran de creer en Jesucristo, y Juan y todos los apóstoles y discípulos del Señor sintieron desde aquel momento nacer en su alma los más vehementes sentimientos filiales en favor de María. ¿Cómo podré pintaros, hermanos míos, la impresion que hicieron en Maria estas palabras omnipotentes del hijo moribundo? ¡Ah! Ellas se grabaron en su corazón con caracteres indelebles; ellas lo enternecieron y lo formaron para los afectos y sentimientos maternales respecto de nosotros; por consiguiente, desde el instante en que las oyó experimenta Maria, que es nuestra verdadera madre, no sólo por deber y por elección, sino por inclinación y por amor, un gozo indefinible, como si en aquel momento nos hubiera dado á luz. ¡Cristianos que me escuchais, consolaos! En la persona de aquel discípulo estábamos comprendidos todos los discípulos de Jesus, todos los que creemos su doctrina y observamos sus mandamientos: y quedó de tal manera ligada nuestra suerte con la de Maria y la de la virgen inmaculada con la de todos los cristianos, que nosotros la amamos, la honramos y la bendecimos, y nuestra madre nos protege, nos defiende y nos ama como hijos suyos, como á hermanos de su Hijo unigénito. ¡Hermanos míos! si esto es así, si las palabras de Jesucristo son una verdadera ley, estas palabras encierran el plan de una magnífica institucion que establece entre Jesucristo y nosotros, entre Maria y nosotros el más estrecho parentesco y nos ata recíprocamente con el más amoroso lazo. Escuchad, señores, escuchad cuán grande, cuán benéfica es para nosotros esta institucion. Desde el momento en

que Nuestro Señor Jesucristo cumplió la promesa de no dejarnos huérfanos, instituyó esta sociedad espiritual, esta inmensa familia que tiene por padre al Padre celestial, por madre á Maria, por hermano primogénito al mismo Jesucristo, por casa la Iglesia católica, por alimento el cuerpo y sangre del cordero inmaculado y por herencia un trono en el reino de los cielos. ¿Y por qué, señores, hemos adquirido honores tan elevados, beneficios tan distinguidos y promesas tan magníficas? ¡Ah! porque se han cumplido en Maria y por medio de Maria las otras maestras de la omnipotencia de Dios y se han realizado las promesas que le fueron hechas por el Señor.

Ferficientur ea qua dicta sunt tibi á Domino.

Una vez constituida la virgen Maria madre de la Iglesia Católica, ¿cómo podria olvidarlo? ¿Cómo podria dejar de ejercer sus funciones y cumplir sus deberes? ¡Ah! Apenas habia exhalado Jesus el último suspiro, cuando ya Maria se puso á ejercer el ministerio de una tierna madre para con la Iglesia Católica, que tan solemnemente le habia sido dada por hija. “Ella fué, dice Bossuet, quien reunió los discípulos dispersos y fugitivos desde la prision de Jesucristo; ella fué quien reaninó el valor de San Pedro, abatido por el recuerdo de la culpa que habia cometido negando á su Maestro, y le hizo concebir la esperanza y la seguridad del perdón. Ella fué, finalmente, quien infundió la calma, la seguridad y la confianza en el corazón de todos los fieles á quienes la muerte de Jesucristo habia turbado y los confirminó en la fe de su próxima resurreccion.”

Mas no es esto todo: ella reúne á los apóstoles para que reciban el Espíritu Santo y para que leguen á los hombres ese símbolo, depósito de las verdades reveladas que han de salvar al mundo y constituir la fe de los hijos de Dios. Ella anima el valor de los mártires, el celo de los apóstoles y la fe de los confesores: ella es, en fin, la reina de las vírgenes, el refugio de los pecadores y el consuelo de los afligidos.

Desde entónces Maria recibe tantos cultos y lleva tantos nombres, cuantos son los especialísimos favores que nos ha dispensado hasta el extremo de haber descendido muchas veces en persona del cielo al mundo para significar su voluntad á los hombres. ¡México, prepárate á ver la luz celestial! Tus montes y tus valles serán tambien inundados de torrentes de gracia. ¡Tribus todas del Anáhuac, venid! ¡Venid en multitud, llenad la montaña de Tepeyacac y adorad humildes á la Madre de nuestro Dios que os viene á visitar! ¡Miradla casi del mismo modo con que la delineaba San Juan en el Apocalipsis: reclinada sobre el sol, descansando sobre la luna y ornado su rico manto con las estrellas! ¡Venid, regad con vuestras lágrimas esos lugares santificados con su presencia! ¡Venid y poned vuestros lábios en esas rocas donde fijó sus plantas! ¡Adorad la tierra estéril donde estampó la huella de sus pies! *Adorabimus in loco, ubi steterunt pedes ejus.*

¡Ah! México era entónces el centro de la idolatría y de la barbarie. Esas montañas oyeron muchas veces los quejidos de las víctimas humanas sacrificadas al príncipe de las tinieblas. Millones de hombres se hallaban sentados bajo la sombra de la muerte, cuando se presenta Maria á visitarnos, no para recompensar con favor tan insignie la piedad y la fe de antiguos y constantes adoradores, sino para ponerse al frente de la conquista evangélica de un mundo todo nuevo que salia, al parecer, de entre las aguas del Océano; y tomando la humilde forma, el rosado color y la mirada modesta de una virgen mexicana, y ofreciéndose á vuestra vista con las manos juntas y elevadas al pecho en la dulce actitud de un amigo que suplica, y entendiéndose con un indio sencillo para tratar de su establecimiento en México, parece haber querido singularizar de tal suerte su favor entre los innumerables dispensados á los hombres, que pudiera decirse de ella respecto á nosotros, lo que á propósito del pueblo escogido predicaba con tanta sublimidad el profeta rey:

No ha hecho tales cosas con otra nacion alguna. Non fecit taliter omni nationi.

¡Oh! vosotros los que santamente alarmados por estas tristes últimas conmociones que hoy agitan al mundo y amenazan arruinar en México la fe que plantó Maria, temblais á la vista de una Iglesia á quien palmo á palmo se disputa su reposo y su independencia, no volvais vuestros ojos hácia esas iglesias desiertas, esos templos despojados, esos altares destruidos y esos pastores perseguidos ó desterrados que reconcentran hoy todos los sentimientos del mundo católico, sin fijarlos antes en Maria de Guadalupe, fundadora de nuestra religion é ilustre ascendiente de los apóstoles del pueblo mexicano. No separeis un punto la condicion y la suerte de Maria y de la Iglesia mexicana. Aquella, en la Jerusalem celestial, ésta en el teatro de los combates, entrambas se aclaman y conciertan para dar gloria á Dios en los soberanos tiempos de la Iglesia católica. Diez y ocho siglos de combates y victorias forman una tradicion irremisible de poder para la fe, para la esperanza y para el amor, y esta tradicion habla muy alto á nuestras creencias y muy más alto aun á nuestros deseos. Esta tradicion venerable nos garantiza el porvenir, mientras mantengamos intacta la fe de nuestros mayores, que hasta hoy hemos sacado ilesa en medio de las ruinas de todo lo que nos pertenece. Esta tradicion nos afirma inamoviblemente en las promesas, mientras seamos dignos hermanos de Jesucristo y obedientes hijos de nuestra augusta madre. Entre los gritos de guerra y exterminio que llevan el hacha y el alfange á toda institucion, á todo monumento católico, resonará sobresaliendo la voz profética de Isabel: "Han de cumplirse en tí todas las cosas que te han sido anunciadas por el Señor." *Perficiuntur ea que dicta sunt tibi á Domino.* El poder de bondad y de misericordia que ha de ejercer Maria en todos tiempos con la humanidad entera, la promesa de que es depositaria, la mision que su hijo adorable le ha confiado y el modo con que la ha desem-

peñado con todos los hombres, y muy especialmente con nosotros los mexicanos, nos anuncia que las manos elevadas al cielo de María y de la Iglesia mexicana alcanzarán del Padre de las misericordias que la tempestad pase, que la obra de la civilización gane terreno, que las costumbres se amansen y que la religión transforme los pueblos y cambie en pacífica su índole inquieta y turbulenta.

¡Vos, Augusta protectora de los mexicanos, vos que abris vuestro corazón compasivo á nuestras tristes confidencias, y dulcificais á los pecadores el temor de un Dios ofendido, interponiendo vuestra hermosura y vuestra piedad entre nuestra nada y la majestad divina, desde el s61o de grandeza á que os elevó el Todopoderoso, no desd6eais dirigir á vuestros hijos una mirada favorable! ¡Acu6rdate, oh madre, del afligido pueblo mexicano! Vos que tantas veces lo habeis salvado, salvadlo de si mismo y de sus propios furores: salvadlo de los progresos y devastación funesta del comunismo y de la impiedad. ¡Ah! si habeis tenido hijos ingratos que profanen vuestros templos, despojen vuestros altares, hagan la guerra á vuestro adorable Hijo, persigan sus ministros, y quieran aniquilar la Iglesia en que nacieron y la religión que los ha civilizado, alcanzadles su perd6n: son al fin vuestros hijos extraviados: libradlos de esa esclavitud muy más penosa que la de sus cuerpos, y haced que donde abundó el delito, superabunde también la gracia.

Dignaos, Señora, consolar al anciano venerable que ha sido lanzado de enmedio de sus ovejas, por haberle anunciado á la nueva grey que le encomendó la Providencia la sana doctrina y la moral santa de Nuestro Señor Jesucristo. Hoy que su nueva di6cesis te rinde por la vez primera el grato homenaje de amor que te tributa el Episcopado mexicano, convierte hácia el nuevo Pastor y á su angustiada grey tus miradas de misericordia y de bondad. Sostenedlo en el martirio que santifica su Pontificado y volvedlo al seno de sus ovejas ceñido con la doble corona de confesor y de mártir.

¡Rogad, en fin, por todo el pueblo cristiano; interceded por el sacerdocio y por el sexo que os es especialmente devoto y que con tanto celo ha defendido á la religión y la Iglesia en nuestras discordias domésticas! Que todos los fieles sientan vuestra protección y singularmente los que hoy os adoramos y consagramos estos cultos en este santo templo en que quisisteis dejarnos vuestra sagrada Imágen como un recuerdo perpétuo de vuestro amor y una prenda anticipada de la felicidad de adoraros en el cielo. Esto os deseo, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.